

a) De Jersey a Guernsey¹ (Fragmentos de la *Introducción a La Normandía desconocida*)

*Barbarus hic ego sum quia non intellegor ulli*²

Ovidio

Era el 31 de octubre de 1855. A las seis de la mañana, el alba apenas surgía, y el cañón del fuerte Elisabeth, que anuncia a los habitantes de Jersey el nacimiento del día, no había disparado todavía. A pesar de una pequeña lluvia fina y penetrante, mi padre quiso seguir a pie el camino que lleva de *Marine-Terrace*³ al puerto Victoria, adonde debíamos embarcarnos. Este camino es encantador, en efecto, evita la ciudad, lo que es ya una ventaja, y, además, se extiende al borde del mar atravesando un caserío de pescadores llamado el *Havre-des-Pas*, y va a perderse bajo los árboles, a lo largo de una colina escarpada. Por otra parte, para nosotros este camino estaba poblado de recuerdos que nos atraían hacia él. Mi padre lo eligió entonces, a la vez por gusto y por reconocimiento, y yo seguí a mi padre, apoyándome por un costado en un brazo complaciente, y llevando en el otro una pequeña valija que debía proveer a las primeras necesidades del viaje. Mi madre, mi hermana, mi hermano y el amigo infatigable al que también llamo mi hermano⁴, debían reunírse nos dos días después. Después de tres años de residencia, dejamos Jersey, y la dejamos para siempre.

¿Pero por qué dejamos Jersey? Esto requiere algunas explicaciones previas, y si el lector quiere concederme un poco de paciencia, puede ser que termine por comprenderme.

El hombre honesto no se pertenece aquí abajo, reconoce una ley superior que le dicta su conciencia y somete su voluntad. Esta ley que la conciencia le dicta a los hombres ha variado con las épocas desde que la humanidad existe. En la antigüedad, se llamaba virtud, en la Edad Media, se llamaba honor, hoy, se llama deber.

(...) *F-V.H. hace a continuación un largo recorrido histórico sobre la conciencia moral vinculada a las luchas políticas desde la Antigüedad.*

Aquellos a los que acabo de decir esto no se sorprenderán entonces del por qué un cierto número de honestas personas dejaron la pequeña isla de Jersey en el mes de octubre de 1855. Los hechos que determinaron su partida están demasiado íntimamente ligados a los

¹ En este prólogo a su libro sobre la historia de las Islas Normandas, F-V.H. relató el viaje entre Jersey y Guernsey, nuevamente proscriptos, y fundamentó históricamente el deber moral del exilio. Su hermano Charles escribió *Los hombres del exilio*, donde narra con mayor detenimiento las causas de la expulsión de Jersey y las situaciones vividas, así como una semblanza de algunos de los proscriptos.

² *Aquí yo soy un bárbaro, porque no me comprende nadie.* Publio Ovidio Nasón (43 a.C.-18 d.C.) en *Triste*, libro V, elegía X, cita referida al destierro al que lo condenó Augusto en las costas de la actual Rumania.

³ *Marine-Terrace* fue la casa de Víctor Hugo en la isla de Jersey.

⁴ Auguste Vacquerie.

acontecimientos de Francia e Inglaterra como para incluirlos en el marco de este relato. En presencia de esos hechos, treinta y cinco conciencias se emocionaron y protestaron. ¿Se equivocaron? ¿Tenían razón? Es suficiente decir que eran conciencias.

El acto tuvo sus consecuencias lógicas. Antes de que nos lo dijeran, la expulsión estaba decidida por nosotros. Dejamos Jersey ¿por orden de quién? ¿de un M. L...? no ¿de un M. G...? no, por orden del deber.

Es así que en la mañana del 31 de octubre de 1855, mi padre y yo nos dirigimos por el caserío de Havre-des-Pas hacia el puerto Victoria adonde debíamos embarcarnos. Subimos la montaña escarpada en cuya cima los ingleses construyeron el fuerte Regente, y, después de algunos minutos, bajamos al muelle. El *steamer*⁵ calentaba y vimos en el cielo, por encima suyo, la columna de humo que debía guiarnos hacia otra tierra prometida. Amigos a los que la lluvia no había asustado nos esperaban en el embarcadero. Unos eran camaradas de exilio, otros hermanos de armas y de ideas cuyo saco de viaje está siempre listo, ellos nos dijeron: ¡Hasta pronto! Los restantes eran habitantes del país que dejábamos, eran corazones simples que nos habían conocido durante nuestros tres años de residencia y nos habían amado. Estaban apegados a nosotros, como si uno se debiera apegar a lo pasajero. Se habían figurado que permaneceríamos siempre con ellos, y que a falta de la gran Francia, la pequeña Jersey sería nuestra patria. Cuando nos vieron, no nos tomaron por huéspedes que llegan, sino por amigos que vuelven, no por exiliados, sino por compatriotas. Y abriéndonos sus puertas, nos creyeron de la casa. ¡Nobles corazones! Eran tan hospitalarios que no creían serlo.

Así, cuando los acontecimientos les recordaron que éramos extranjeros, y que las leyes que los protegían no nos protegían, no quisieron creerlo.

¡Nosotros, expulsados por un simple decreto militar, sin ninguna clase de proceso! Era imposible. No había derecho. ¡Hay jueces en Saint-Hélier⁶! En su ardiente devoción, no dudaban de nada, ni siquiera de la justicia. Sin embargo, a despecho de su conmovedora ilusión, la hora de nuestra partida acababa de sonar y la mañana del 31 de octubre, cuando llegamos al muelle, nos los encontramos allí a todos, lloraban. Las lágrimas eran su última protesta.

Eran las siete. La campana del barco dio su último golpe. Bajamos, mi padre y yo, al puente, donde encontramos a nuestros dos amigos G. y K.⁷ que tenían que partir con nosotros. El *Dispatch* (era el nombre de nuestro barco) soltó el cable que lo retenía y volvió sobre sí mismo para atravesar la boca que separaba el muelle Victoria del muelle Alberto. Quisimos entonces echar una última mirada a aquellos que se quedaban, y vimos por encima nuestro todas esas queridas manos tendidas, todas esas queridas cabezas descubiertas. Unos levantaban al aire sus

⁵ *Steamer*, buque de vapor (de *steam*, vapor en inglés).

⁶ Capital de Jersey.

⁷ Théophile Guérin y Louis Hennet de Kesler.

sombreros, otros agitaban sus pañuelos que la emoción, más que el viento, hacía caer sobre sus ojos. Todos saludaron nuestra partida con el grito de la despedida.

Estábamos ya en el mar. El vapor nos llevaba con la velocidad de sus cien caballos. En algunos minutos estuvimos delante del castillo Elisabeth, del que distinguimos vagamente las altas chimeneas Luis XIII iluminadas por el sol naciente. Dijimos adiós al pasar a ese viejo fuerte que el Océano golpea con sus aguas en cada marea creciente, y que abrigó detrás de sus cañones al proscrito Carlos Estuardo. Ya no veíamos Saint-Hélier salvo por algunas casas, cuya vista el Mont-aux-Pendus nos tapó rápidamente. El paisaje huía delante nuestro con una rapidez de doce millas por hora, y cada vuelta de la rueda del barco hacía volar en nuestro pensamiento un enjambre de recuerdos. He aquí la ruta que bordea la bahía de Saint-Aubin, que habíamos recorrido hace tiempo, un bello día de otoño, con el autor de *Lady Tartufe* y de las *Lettres Parisiennes*⁸. He aquí, al fondo, a nuestra izquierda, el pequeño puerto de Saint-Aubin al que llegamos a caballo, ¿te acuerdas, Sandor? He aquí la punta de Noirmont, sombría roca que mantiene a los navíos a la distancia, y desde donde Paul Meurice admiró con nosotros la caída del sol. He aquí, después de este peñasco, la pequeña bahía de Portelet, y al fondo de esa bahía, detrás de esa tumba que la marea alta aísla, un pequeño bosquecillo en el que creo escuchar aún la voz riente de Margaret A..., encantadora jovencita a la que la escarlatina se llevó a los diecinueve años, fresca aparición del exilio en la que la muerte ha dejado ya una sombra. Apenas tuvimos tiempo de enjuagar una lágrima cuando el barco, en un contraste rápido, nos transportó delante de alegres recuerdos. He aquí la bahía de Saint-Brelade, encuentro inevitable de los picnics y las diversiones inglesas, y ahí, a la izquierda, delante de la bahía, un peñasco que dominan, de un costado, la vieja iglesia romana, del otro el Fuerte de Saint-Brelade, que nos ha servido más de una vez de sala-comedor. Finalmente, he ahí la punta de la Corbière, serie de rocas diseminadas, al asalto de las cuales hemos seguido más de una vez al valiente general La Corbière, terror de los marinos, arrecife terrorífico, colosal, cerbero de granito que guarda el rincón de la isla donde la tempestad arroja de tiempo en tiempo una carcaza de navío.

Después de doblar la Corbière, el *Dispatch*, que había hasta allí bordeado la costa meridional de la isla, giró hacia el norte, dejando a su izquierda la costa occidental. Una ola extraordinaria, que tomó al navío por el flanco, nos advirtió del cambio de dirección. En efecto, nos encontramos de golpe frente a un viento del noroeste que la costa meridional de Jersey nos había enmascarado y que, no encontrando más obstáculos, caía sobre nosotros violentamente. El mar, que hasta entonces nos había parecido dulce como un lago, cambió bruscamente de aspecto. Por todas partes, en todos los puntos del horizonte, vimos la espuma en la punta de las olas. No prestamos

⁸ *Lady Tartufe* y *Lettres parisiennes* son obras de Mme. Delphine de Girardin (1804-1855), prolífica autora que firmaba con el seudónimo de *Vizconde Charles de Launay*. Estaba casada con Émile de Girardin, periodista y político en un tiempo vinculado a Víctor Hugo. Es también la promotora de la afición de Víctor Hugo por el espiritismo durante su exilio en Jersey.

al principio gran atención a estos accesos de cólera, absorbidos como estábamos en la contemplación del pasado. Justamente en ese momento mi padre me mostraba con el dedo la bahía de Saint-Pierre con sus siniestras montañas de arena y su larga playa cubierta de dunas, en donde habíamos hecho algunas semanas antes un divertido *steeple-chase*⁹. Pero el Océano, en lugar de calmarse, se enojaba seriamente. El viento, que teníamos en contra nuestro, silbaba con impertinencia en las cuerdas y nos escupía en la cara gruesas gotas de lluvia. Cada uno tomó sus precauciones. Los pasajeros de atrás descendieron en su mayoría al salón de abajo, los de adelante fueron a abrigarse detrás del tambor a la derecha del barco. El capitán, un robusto marino completamente forrado en caucho, se instaló en el pequeño puente que unía los dos costados de la estructura, desde donde dominaba la situación. Dos pilotos se instalaron en el gobernalte. Mi padre y yo, que no queríamos perder nada del espectáculo, sentamos plaza atrás, pegándonos a la rampa de hierro, bajo una chalupa que nos proporcionaba un gorro de obispo. El navío, sacudido a la vez por un balanceo y por un cabeceo, subiendo y bajando a cada segundo en las altas olas de treinta pies, se anegaba por todas partes y parecía nadar entre dos aguas. Estábamos inundados. La tormenta caía sobre nosotros tanto desde abajo como desde lo alto, las olas sucedían a las olas, las nubes sucedían a las nubes, rompiendo sin descanso sobre el barco. Era una magnífica tempestad, en la que el mar y el cielo parecían tocarse y confundirse en la espuma de la ola y de la nube. En un momento, nos golpeó un oleaje más alto que los otros y su sacudida me tiró contra mi padre, que me besó. No sé si hubo en ese beso algo diferente a la ternura.

El *steamer* avanzaba siempre. Miramos detrás nuestro en la dirección en la que suponíamos que estaba Jersey. Vimos, en efecto, a través del lienzo de una nube, una línea blanquecina que flotaba sobre el agua. Era la costa de la isla. Esta línea se borró lentamente en el horizonte, y terminó por desaparecer entre las olas. Nos pareció que Jersey había zozobrado en la tempestad. ¡Y bien! no nos equivocábamos. ¡Lo que había zozobrado en esta tempestad era realmente Jersey, la Jersey independiente, la Jersey libre, la orgullosa Jersey de antaño!

Lo que había zozobrado era el honor, la dignidad, la antigua nacionalidad de la isla, ¡tan valientemente defendida por los abuelos, y tan tristemente abandonada por los hijos! Lo que había zozobrado era la Jersey hospitalaria en la que todos los proscritos habían encontrado refugio, donde el protestante Jean Cavalier, o el republicano Lambert, o el bonapartista Grouchy, o el realista Chateaubriand tenían asilo, lo que había zozobrado era esa pequeña rada heroica que había recibido a los náufragos de todas las tormentas.

Entonces nos dimos vuelta, y vimos delante nuestro otra línea blanca que atravesaba las nubes. Esta línea, que crecía poco a poco, nos dejó ver pronto sus contornos. Era la costa de otra isla, era Guernsey. ¡Guernsey! Isla normanda como Jersey por su origen, por su lengua, por sus leyes, por su clima, Guernsey, más joven que Jersey en la edad de la libertad, pero más grave,

⁹ Así en el original, *steeple-chase*: carrera de obstáculos.

más seria, más reflexiva en su progreso. ¡Guernsey, la hermanita menor a la que Jersey, la hermana mayor, ha traspasado su derecho de mayorazgo!

Sin embargo, a despecho del viento que soplabla con rabia, el *steamer* avanzaba siempre. Al cabo de una hora, en efecto, el *Dispatch* se detuvo delante de una ciudad encantadora, pintorescamente construida sobre el flanco de una montaña. Era Saint-Pierre, la capital de Guernsey. Vacquerie ha descrito justa e ingeniosamente Saint-Pierre cuando dijo, en *Profils et Grimaces*¹⁰: “Figúrense ustedes a Caudebec¹¹ sobre las espaldas de Honfleur¹²” ¡Qué buena fortuna para los exiliados encontrar así, reunidas sobre el mismo peñasco, dos ciudades francesas, Honfleur y Caudebec! Con sus viejas casas normandas, con el gallo galo que corona su campanario, Saint-Pierre tiene un aire de compatriota que la vuelva irresistible. No es justamente su nombre el que carece de buen augurio, porque Saint-Pierre¹³, como se sabe, está siempre a la entrada del paraíso.

Mi padre resolvió entonces proceder allí a su desembarco y nadie se sorprenderá de esta resolución. Pero se presentaba una seria dificultad. El viejo puerto de Saint-Pierre (se construyó uno nuevo) es muy pequeño para que los barcos a vapor que hacen el trayecto desde Jersey a Inglaterra puedan cómodamente desembarcar en el muelle a sus pasajeros. Los *steamers* se detienen entonces en la rada, alrededor de tres o cuatro brazas del embarcadero, y son las barcas de los pescadores del puerto las que van a buscar a los pasajeros a bordo. Y mi padre quería llevar con él una pesada maleta que contiene sus manuscritos, que no lo abandonan jamás. Era, en consecuencia, una cosa seria, con el tiempo que hacía, confiar a una cáscara de nuez toda esta biblioteca inédita que una ola desafortunada podía llevarse y dársela para que la devorara al público poco literario del océano. Sólo mi padre podía arriesgarse en tamaña aventura. Apostar veinte años de trabajo a un golpe de mar, es ciertamente muy audaz. Mi padre los apostó. Descendimos entonces en una canoa que se presentó ante la escala del *Dispatch*, a la que las olas imprimían a cada momento sacudidas de diez pies de profundidad. Dos vigorosos marineros tomaron la maleta y la arrojaron en la punta extrema de la barca, sin más precaución que si hubiera sido una bala de algodón o una cesta de bacalao. La situación era crítica. Durante algunos minutos, la maleta osciló sobre las olas, todos estos manuscritos que la imprenta reclama fueron ofrecidos como prenda al primer oleaje que llegaba, todas esas obras desconocidas, todas esas novelas, todos esos dramas, todos esos poemas prometidos al público, quedaron a merced del abismo. Yo vi el momento en que las *Contemplaciones* iban a zozobrar.

¹⁰ Recopilación de diversos artículos de Auguste Vacquerie, con fotografías incluidas.

¹¹ Caudebec-en-Caux es una ciudad francesa situada en el departamento del Sena Marítimo, de la región de Normandía.

¹² Honfleur se encuentra en la parte sur del estuario del río Sena, muy próximo al puente de Normandía, que une la ciudad con El Havre. Es especialmente reconocida por su pintoresco y antiguo puerto.

¹³ Juego de palabras con San Pedro.

Felizmente, hay un dios también para los poetas. La barca forzó los remos y detuvo la caída. A despecho de la tempestad, más furiosa que nunca, los manuscritos se salvaron. Estábamos en el puerto. Y he aquí como, ¡oh lector!, la Providencia, que desplaza los imperios, desplaza también los tinteros. Y es así que este pequeño libro, comenzado en Jersey, está fechado en Guernsey.

Febrero de 1857, Hauteville-House.